

El arco de Guillermo Sacco

Fer Nante

Image not found.

Capítulo 1

En una cancha de fútbol con poco césped, cerca de 1950 en una localidad de la provincia La Pampa de Argentina, se preparaba para ser escenario de un partido con cierta trascendencia, pues un nuevo clásico se forjaba en el lugar.

Apertura

Cuatro personas empleadas del club abrieron las puertas al mediodía y mientras acomodaban algunas cosas en su lugar para dar orden a la circunstancia, otras ya iban dando a lugar al ingreso a los madrugadores del partido. No había tanto desmanes como en el siglo XXI pero algunas prevenciones ya se tomaban por ciertos incidentes en otras localidades de mucho fervor. En Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Santa Fe se registraban hechos de violencia entre las distintas hinchadas. Allí en La Pampa aún no los había y nadie deseaba que los hubiera. Por el bien del fútbol, por el bien de la ciudad.

Debieron abrir unas puertas de alambre y rejas dentro del predio siguiendo la planificación de la semana, buscar los últimos tickets para vender ese mismo día para los últimos indecisos y alguna que otra conexión eléctrica para estar preparados cuando ya por el final del partido se acerque el atardecer y debieran encender algunas luces en las salidas.

Las hinchadas

Desde la Plaza San Martín frente al edificio Municipal caminaban hacia el estadio la fracción local, mientras que gran público de la visitante se había autoconvocado muy cerca de allí, en Plaza España.

El público ingresó eufóricamente cantando aquellas rimas sin demasiada agresividad al rival. Aún se alentaba al propio equipo, cuidando la imagen personal de camisas y sombreros sobre las gradas de tabloncitos de madera. El Estadio (la cancha) ofrecía un escenario fabuloso para ser un domingo inolvidable lleno de fútbol, cuando de repente, la ausencia de olvido se debió al nudo en la garganta de los dos mil espectadores. El sonido amainaba mientras ingresaban y observaban el campo de juego. Los que entraban detrás imitaban a los primeros. La cancha se fue llenando, pues nadie advertía avisar a las autoridades, ni a la seguridad, ni a la prensa. Ni ellos mismos se pellizcaban de la verdad para comunicar al resto de la población, tanto por radio como de boca en boca.

Entraron todos, todos, y nadie se movía. Los jugadores entraron vestidos con pantalón largo, camiseta y boina. Entraron como solían hacer para conocer la humedad del suelo y aclimatarse del público que había

pronosticado el periódico local unos días antes.

Los jugadores se acercaron con el miedo de distinguir la realidad. Tanto locales como visitantes rodearon el cuerpo y lo reconocieron con estupor, bocas abiertas y el corazón latiendo a mil.

Guillermo Sacco

Descubrieron atónitos un cuerpo colgado, ahorcado desde el travesaño del arco sudoeste. Se acercaron hasta allí distinguiendo a Guillermo Sacco, el arquero del equipo de 1947, año en el que el Club había perdido la categoría perdiendo la chance de enfrentarse a los grandes de la Argentina.

El público se estiraba para seguir observando. Ya todos sabían quién era el desgraciado.

Habían enfrentado a un equipo de Córdoba, y en el último minuto Sacco debió derribar al delantero visitante cuando éste lo había superado medio metro por su derecha llevando la pelota totalmente dominada. Le cobraron penal y no pudo evitar el gol cuando un minuto después lo fusilaban desde once metros con un derechazo. El partido terminó al instante y el equipo se vio en el descenso y los años siguientes, Sacco vio su vida sin fútbol, sin alegría, sin amigos. Se encerró herméticamente y la desolación no le había mostrado otra alternativa que ahorcarse en el arco maldito de su vida, cuando apenas tenía 27 años.

Rodrigo Colombo se acercó al ex arquero, levantó la pequeña silla que yacía en el suelo, se paró sobre ella y luego de algunos minutos, con la cara empapada en llanto pudo cortar la soga y dejar a su compañero del 47 en el suelo. Él que conocía su estado emocional, se arrodilló junto a él, que estaría sin vida desde la noche anterior, y sintiendo algunas palmadas de consuelo sobre su espalda, soslozó algo así: "Al 9 debía marcarlo yo, a mí se me escapó, a mí me ganó en velocidad y fue así que te viste mano a mano con él. Por mi culpa. No fue culpa tuya. No fue tuya. Perdoname Guillermo. Perdoname".

Una ambulancia dio su señal de arribo desde el otro lado del tapial. Ingresaron los camilleros y retiraron el cuerpo. El público sin siquiera suspirar, se fue retirando dado por sentado que el partido no se jugaría, caminando sin desmanes cada uno a su hogar, con la mirada perdida, entremezclándose en la calle entre los del club ajeno, con un respeto por la muerte de Sacco y su máximo sentimiento de culpa por el club de sus amores. Deporte único de la sociedad de cientos de países, inexplicable sensación de gloria y derrota para los que lo han practicado alguna vez.